Una Mañana en los Andes – Juan León Mera

ERAN las cuatro de la mañana y estábamos todos a caballo.

Antes de las seis coronaríamos la alturade los Andes occidentales, a donde nos proponíamos subir.

El frío era intenso, pues había caído bastante escarcha; pero en cambio ¡qué cielo tan limpio y espléndido!

La luna, rodeada de grupos de estrellas, cual un jefe victorioso en medio de sus guerrillas dispersas en inmenso campo, avanzaba majestuosa como si fuese a buscar descanso tras las sombrías sierras que tenía delante.

No humeaban aún las cabañas de los labradores, que asemejaban gigantes aves acurrucadas y dormidas aquí y allá a diestra y siniestra del camino.

El silencio era profundo, é le interrumpían sólo el ruido de nuestra cabalgata, el ladrido de algún perro alarmado por él y el canto triste y monótono del gallo, que á largos intervalos sonaba en una lejana choza y era contestado en otra, como el ¡alerta! del centinela de la soledad.

Jadeaban los caballos al avanzar por la empinada cuesta y el vapor de sus cuerpos sudorosos calentaba a los jinetes, algunos de los cuales buscaban también este beneficio en el cigarro, cuya punta brillaba como una luciérnaga.

Hablábamos poco, porque parecía que las palabras nos hacían perder algo de nuestro calor interno, y de ello teníamos miedo, ya que apenas contábamos con el exterior.

Estábamos casi entumecidos.

¡Qué sería al llegar a la cumbre!

¿Resistiríamos?.»

Sin duda: el espectáculo que nos proponíamos contemplar, las impresiones vivas, el entusiasmo calentarían nuestra alma, y el calor del alma comunica vida al organismo material,

El alma incapaz de conmoverse y arder con los bellos y sublimes espectáculos de la naturaleza, con los prodigios del arte o con las violentas llamaradas de las pasiones, vive siempre en cuerpo de hielo.

Estábamos cerca del punto a que nos dirigíamos, y tras nosotros se hundía un abismo brumoso, limitado por el muro ciclópeo de la cadena oriental de los Andes.

En el fondo del abismo, cada vez que un zigzag de la cuesta nos ponía de frente a él, divisábamos en confusión fantástica los caseríos, las

poblaciones, los huertos, el río, las colinas como las figuras de un cuadro antiguo maltratado por el humo de los cirios y cubierto de polvo.

Parecía que íbamos surgiendo de ese caos, que íbamos huyendo de ese abismo, trepando por sus bordes, y que si alguna fuerza nos empujase rodaríamos y nos convertiríamos en átomos.

Un momento tuve miedo, y acudí á todas las fuerzas de mi espíritu y mi cuerpo para evitar el vértigo que me amenazaba.

Subíamos, subíamos, subíamos sin cesar, aunque gradualmente más y más despacio, á medida que decaían los bríos de las cabalgaduras,

Engañados por una ilusión óptica, creíamos que en vez de ser nosotros quienes íbamos ascendiendo, era la línea desigual de la cumbre de la montaña la que bajaba lentamente, como una ola inmensa que se iba aplanando.

Bajó al fin del todo, se aplanó... Llegamos,..

Pero apareció delante de nosotros otra línea: la silueta de la montaña se presentaba de nuevo, negra, confusa, desalentadora.

¡Habíamos trepado sólo a la cima de una arruga de los Andes!

Sin embargo, no nos desalentamos; porque el término de nuestra jornada estaba allí.

El alba comenzaba,

La luna, cual áncora de plata, se sumergía en los abismos del ocaso tras las dentadas cumbres de la montaña que semejaban olas de agitado mar, y difundía en su torno blanca, suave y vaporosa luz. Los antiguos griegos habrían dicho que era efluvio de la frente virginal de Diana.

Al oriente la línea que demarcaba el cielo y la cordillera se presentaba como inmensa serpiente de lomo tornasolado de oro y rosa, desde el cual se desprendían rayos vivos y trémulos en su arranque y que, desplegándose a medida que se elevaban al espacio, se desvanecían en su azul purísimo.

La luna había desaparecido al fin. Las estrellas, esas melancólicas pupilas del cielo, habían ido apagándose poco a poco al contacto de los dedos de la aurora.

La luz del día se aumentaba haciéndolo todo visible en la superficie de la tierra. Iba a presentarse el rey de los astros.

La sierpe de oro y rosa del horizonte se había convertido en oleajes de fuego que partían de un punto en que parecía reverberar una misteriosa fragua; en torno de ese punto el cielo y la cima de la montaña palpitaban convulsos por algo extraordinario y divino que iba a presentarse.

Y no era, sin embargo, nada extraordinario: era una escena de todos los días: era el sol que iba a levantarse, como lo hace de siglos y siglos atrás, para decir a los hombres vengo a recordaros que hay Dios; vengo a deciros que le debéis amor y adoración.

Pero esa escena de todos los días la presenciábamos nosotros desde una grande altura, cobijados por un cíelo limpio, puro, de transparencia cual no la hay en otras zonas, y rodeados de la soledad y del silencio propios para obligar al alma a la contemplación de las obras maravillosas de Dios,

¡Qué espectáculo!...

El fondo confuso del abismo que apenas divisábamos antes del alba, se ha transformado á nuestros pies, allá, á una profundidad de dos mil metros, en una llanura inmensa.

Vemos en primer término un extenso y suave declivio, como la fimbria de la cordillera en cuya altura nos hallamos. Todo él está dividido en multitud de cuadrados, cuadrilongos y otras figuras, que muestras distintas fases: aquí la tierra obscura volteada por la reja y que está pidiendo la simiente cuya vida ha de desarrollarse en su seno; allá el verde risueño de la sementera que lleva la esperanza al pecho del labrador; en otra parte el color de oro de la mies, pronta a entregarse a la hoz. Cabañas humeantes por todas partes; rediles blancos como trozos de nieve rodados de la montaña; yuntas que se preparan para la fatiga del día; hombres, mujeres, muchachos, que a tanta distancia nos parecen juguetillos de títeres que se mueven en varías direcciones. Los rumores de la vida que se agita en el llano suben débiles, vagos y confusos a sorprendernos en la región de la soledad y el silencio.

Sigue la llanura, ya ligeramente ondulada como la mar que comienza a enojarse con los aleteos del viento, ya interrumpida por redondas colínas que se alzan como los pechos de virgen yacente; ya cortado por las quiebras en cuyo fondo ruedan tumultuosos ríos, ya igual y en perfecto nivel coma la superfície de un lago tranquilo. Allá distinguimos el profundo barranco que nos oculta las ondas del Patate; delante vemos a trozos desiguales, y blanco y brillante el Ambato con su moldura de huertos verdes y risueños. Al Norte, una mancha parduzca salpicada de numerosos puntos blancos: es Latacunga, En torno de ésta otras manchas que nos indican las poblaciones leonesas. Al frente, sobre la margen del Ambato, cual sobre peana de plata, la ciudad a que el río presta su nombre. Y otros pueblos, y otras aldeas; y por todas partes las casas de las quintas y las haciendas rodeadas de pequeños bosques y resguardadas de tapias, y en sus vecindades las eras enriquecidas de parvas piramidales que semejan piezas de ajedrez aguardando la mano que ha de moverlas.

La respiración de la noche lo ha cubierto todo de un vapor sutil y azulado. Parece que la naturaleza, salida apenas del sueño por las incitaciones de la luz, está todavía aperezada, en tanto que el hombre, aguijado por la necesidad que le impone la vida, se entrega ya a la actividad del trabajo.

La lontananza es magnífica y sublime. ¡Alma, creada para lo bello y lo grande, entrégate a la contemplación de las maravillas de Dios y vuela hacia El! ¡Corazón, salta, agítate, canta!... ¡Oh! ¡Cuan pocas veces pueden los ojos del hombre recrearse en cuadro como éste!

La gran cordillera es por todas partes el límite de la llanura. A sus faldas comienzan a levantarse grupos de nieblas como blancos fantasmas que surgen de las entrañas de la tierra para indagar curiosos lo que hubiese acontecido durante la noche en el mundo. Aún no se divisan bien las protuberancias y las grietas
de las serranías: los Andes no son todavía síno una inmensa mole negra y confusa; no son visibles sino las cascadas que bajan de sus cimas, y que entre las sombras, allá a tanta distancia, parecen aberturas por las cuales se escapan la luz del otro mundo.

¡Cuánto monte de inmensa altura! A nuestras espaldas el escarpado Casahuala vestido de girones de nieve que no alcanzan á cubrirle el negro y agrierado cuerpo; al Sur el Chimborazo, blanco desde su vertiginosa cumbre hasta sus amplias y tendidas faldas; delante de él las gigantes ruinas del Carihuairazo; á la izquierda las alturas de Cumbijín, cual obscuro túmulo que sustenta el cadáver de un titán envuelto en su blanca mortaja; atrás el Sangay, bramando siempre y coronado de un penacho de fuego; luego el Altar, que si antes fué cerro magnífico *(Capac Urcu),* hoy le queda la belleza de su misma irregularidad y sus picachos siempre candidos y resplandecientes; al Sureste el Tungurahua, que parece alzarse de los abismos en busca de las regiones de la luz; al Este el Quilindaña que, medio avergonzado, muestra apenas su cónica frente manchada de blanco y negro; y el famoso Cotopaxi, deleite de los ojos por su.hermosura y terror de los corazones por sus iras; y el Antisanas uno de nuestros viejos volcanes de cuya actividad, que debió ser formidable, se ha perdido hasta la memoria; y el Puzhalagua, humillado por la vecindad del Cotopaxi; y el sombrío Rumiñahui de histórico nombre; y allá, muy lejos, el Cayambe; y más acá el Pichincha, la montaña madre que arrulla en sus faldas a la ciudad de los Shiris; y más cerca aún el Corazón».

¡Cuánto monte de inmensa altura! ¡cuánta belleza! ¡cuánta sublimidad! ¿Dónde hay en el mundo espectáculo a éste semejante? Enhiestos, inmóviles, mudos, ahí están esos gigantes como que algo esperan: algo más belio y sublime que sus blancas moles; algo... un Dios que no tardará en presentarse.

¿Qué esperan? Lo mismo que espera el hombre, lo mismo que espera toda la naturaleza... Esperan al sol.

Los oleajes de fuego del oriente, las reverberaciones de la fragua, misteriosa que parecía arder tras la cordillera, son ya un foco de luz vivísima é indescriptible; olas de resplandor divino se dilatan por el cielo y comienzan a derramarse por las cimas de las montañas: ya el Chimborazo brilla como una masa ígnea, y los picos del Casahuala esplenden como colosales diamantes. El Tungurahua recibe por su faz que mira al Norte un baño de sol, y la sombra huye y se recoge a la faz del Sur. El Cotopaxi lo recibe por este lado y tiene suavemente sombreado el opuesto, El Quilindaña parece sonreír besado por los rayos del astro rey. La luz va descendiendo por el Chimborazo, y ya participan de ella las ruinas del

Carihuairazo; ya se tiende sobre los *pajonales* que toman el aspecto de un inmenso manto de oro.

Las crestas de la cordillera oriental se, estremecen; su color es de un obscuro vaporoso y las corona un filete de rojo azulado chispeante y deslumbrador; ese filete es de pocos instantes: parece recogerse en un solo punto por la tracción poderosa de una divinidad que es dueña de él.

Todas las miradas están fijas en ese punto; no nos movemos, no chistamos; reina el silencio en el aire, y en la tierra y en las montañas... ¡Momento inenarrable!,.. ¡El sol! ¡al fin el sol! ¡Vedle! ¡Oh cuan hermoso! cuan resplandeciente! cuan divino! Su luz inunda nuestras frentes y pechos y arroja atrás, angosta y prolongada, la sombra de los cuerpos. Nuestros Ojos no pueden resistir muchos segundos la viveza del resplandor y los sombreamos haciendo viseras de las manos. Un grito de entusiasmo se ha escapado de nuestros corazones, que participan de la alegría de toda la naturaleza. Todo se anima, ríe, canta y saluda
al padre de la luz.

—¡Salve, oh sol! Justa fué la adoración que te rendían los Incas y los Shiris: si tenían cerrados los ojos del alma y no podían contemplar á Dios en las regiones del espíritu, ¿á qué otro ser con más razón que á tí pudieron dedicar su amor, veneración y culto?

Todavía estábamos embebecidos en la contemplación del nacimiento del más bello de los astros, cuando uno de los pajes me tocó el hombro, y con el rostro iluminado por el contento y en voz callada y misteriosa, me dijo, señalándome una colina cercana:

---¡Patrón, allí!

— ¿Qué hay allí?

— Un venado hermosísimo.

— ¡Un venado! Vamos.

Tomé la escopeta y seguí al punto al paje. Este hizo inconscientemente el oficio de un diablo tentador; la tentación vino de súbito, y no reflexioné, como no había reflexionado otras muchas veces en casos análagos.

¿Qué iba hacer yo?.,.

En medio de la escena de vida, belleza y esplandor de la naturaleza, ¿faltaba por ventura la muerte para completar tan magnífico cuadro?

¡Oh si me hubiese hecho yo mismo esta pregunta cuando, con la escopeta al hombro, trepaba la colina.,,!

A la caída opuesta, á doscientos metros de distancia, brillaba un charco como un redondo espejo encajado en moldura de esmeralda. A su margen y de pies se hallaba un corpulento y gallardo ciervo que lucía su cornamenta

de múltiples puntas como una corona magnífica, Junto á él su fiel compañera, de frente desarmada, en señal de sumisión y de que á nadie ofenderá jamás, ora se volvía á mirarle, ora arrancaba la fresca grama y masticaba tranquilamente. Sin duda allí pasaron juntos la noche, y se recrearon también con las bellezas de la aurora, con el esplendor del nacimiento del sol, con la alegría y la risa de la naturaleza al dispertarse y comenzar un nuevo día. ¿Por qué no? ¿Sabemos, por ventura, que los animales son insensibles á la belleza, y que el gozarla es privilegio exclusivo del ser racional?

El cuadro que yo tenía delante era digno de los pinceles de un artista y de los versos de un poeta. El artista y el poeta tenían derecho sobre él, como lo tienen sobre toda belleza; yo... me arrogaba un derecho feroz: el derecho de destruir la obra de la naturaleza.

Me agazapé, me acerqué algún tanto, tendí el arma, afiné la puntería, disparé....

El ciervo dio a un tiempo un rugido y un salto y cayó de lomos, y batió desesperadamente las patas; la hembra, asustada, vio un instante a su compañero en las ansias de la muerte y huyó con la velocidad de una ráfaga.

Yo y el paje corrimos a apoderarnos de la presa. El infeliz ciervo agonizaba en el momento que nos acercamos, Manaba su pecho humeante sangre; entre el trémulo aliento se percibía un quejido breve y apagado, y la mirada tristísima de mi víctima se clavó en mí. Mirada de reconvención, de queja amarguísima
que me penetró el alma; ella me descubrió que yo acababa de cometer una mala acción. ¿Por qué la cometí? ¿qué necesidad tuve de quitar la vida a ese inocente é inofensivo morador de los páramos? ¿No era él con su tierna gama parte del cuadro que había puesto Dios allí para que lo admirásemos y no para que fuese bárbaramente descabalado por un placer caprichoso e injustificable?

Sí, la mirada del ciervo moribundo fué u ti elocuente lenguaje: me reconvino, se quejó, me acusó ante mi propia conciencia. Me apesaré y arrepentí, y maldije la tentación á que me arrastró mi paje. El ciervo triunfó de mí *al* morir, murió vengado.

Mis compañeros celebraron mi destreza de cazador y recibieron con júbilo el cadáver de mí víctima; pero mi contento de toda la mañana se había desvanecido. Me Parecía que el sol y todos los objetos de la naturaleza reprobaban mi acción indigna para con un hijo de ella,

Habíamos vuelto de nuestra excursión matutina, El resto del día lo pasé de mal humor y triste. Por la noche me encerré en mi gabinete, acompañado de la imagen del ciervo mirándome con ojos tristes y moribundos que me reconvenían, que me acusaban. Quise desahogarme algún tanto y escribí el soneto ya conocido de mis lectores:

EL CIERVO

Allá en la altura del Yahual *desierta,*
En compañía de su hermosa gama,
Pace un ciervo las flores y la grama,
De que la faz del monte está cubierta.

El alma al gozo y a la paz abierta,
Seguro del amor que a su hembra inflama,
De aquella soledad el rey se aclama,
Y juzga ufano su ventura cierta.

¿Qué tiene que temer? ¿A quién mal ha hecho?
¿Qué ajeno bien los dones arrebatan
que natura le dio con larga mano?...

¡Pum!... Un tiro... Y el ciervo, roto el pecho,
Cae a no alzarse más. —¿Por qué le matan?
— ¡Ay! porque es el matar un placer humano!